

La voz de un niño desde el silencio del autismo

LA RAZÓN POR LA QUE SALTO

Naoki Higashida

Introducción de
David Mitchell

La razón por la que salto



La razón por la que salto

Naoki Higashida

Introducción de David Mitchell

Adaptación al inglés de
KA Yoshida y David Mitchell

Traducción de Jorge Rizzo



Rocaeditorial

LA RAZÓN POR LA QUE SALTO

Naoki Higashida - David Mitchell

Cuando, con trece años, Naoki Higashida empezó a comunicarse a través de una parrilla de ideogramas diseñada por su madre estaba haciendo historia. Nunca antes un niño aquejado de un grado de autismo tan severo había conseguido transmitir, comunicarse, expresarse. Si bien las consideradas condiciones del espectro autista no son nunca exactamente iguales en dos personas, sí que comparten un rasgo: en mayor o menor medida, afectan su capacidad de comunicación e interrelación con los demás. Naoki consigue traducir su experiencia a un lenguaje comprensible para cualquier lector a través de preguntas como: ¿por qué los autistas habláis tan alto y tan raro?; ¿por qué os gusta poner vuestros coches de juguete en fila y ordenar todos los bloques de los juegos de construcción?; ¿por qué saltas?

Sus respuestas son optimistas y transmiten alegría de vivir, ternura y, sobre todo, nos presentan a alguien admirable de quien hay mucho que aprender.

ACERCA DE LOS AUTORES

Naoki Higashida nació en Kimitsu, Japón, en 1992. Se le diagnosticó autismo en 1998 y se graduó en 2011. Es autor de varios libros y mantiene un blog en el que escribe con regularidad. A pesar de su dificultad para comunicarse, ha conseguido dar charlas sobre autismo en Japón con el propósito de hacer esta condición más presente y reconocible en la sociedad. Naoki escribió *La razón por la que salto* cuando tenía trece años.

David Mitchell es autor de la reconocida novela *El atlas de las nubes*, que fue finalista del Man Booker Prize y ganadora de los British Book Awards Best Literary Fiction y South Bank Show Literature Prize. En 2003, fue seleccionado entre los mejores autores jóvenes de la revista *Granta*. Vive en Irlanda con su esposa y su hijo autista.

ACERCA DE LA OBRA

«Las respuestas de Naoki tumban algunas de nuestras creencias, como que el autismo conlleva necesariamente la imposibilidad de entender a los demás y el rechazo a la compañía. Una bella historia de esperanza y éxito.»

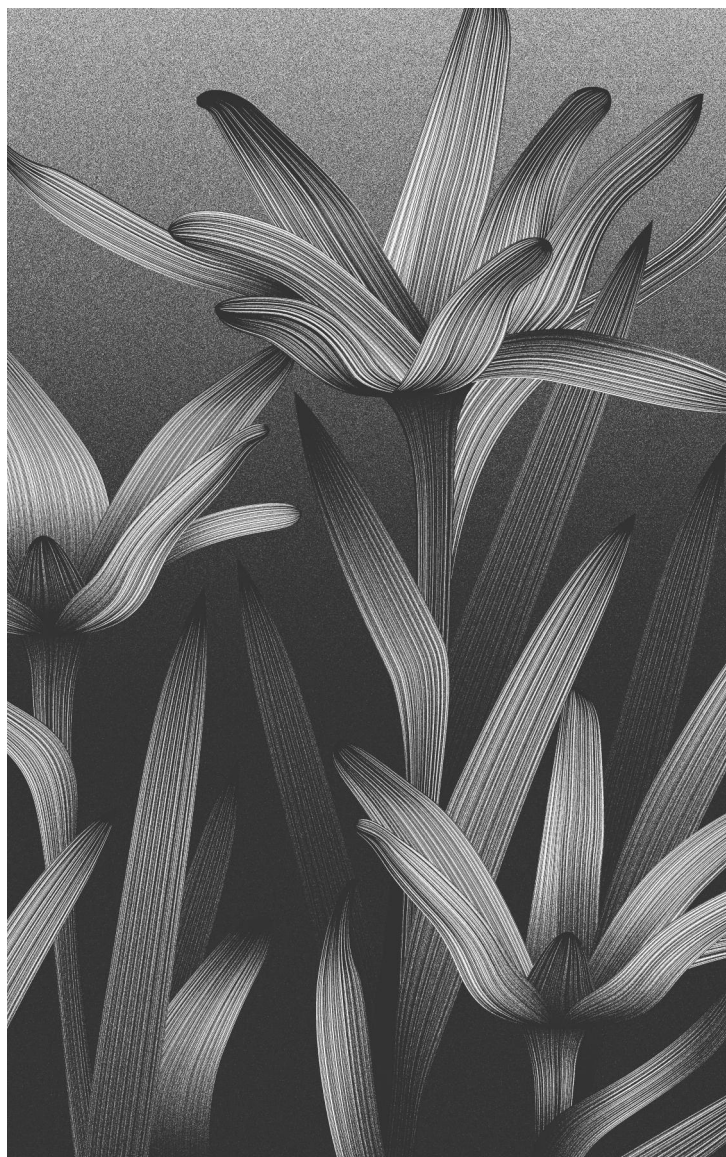
IL CORRIERE DELLA SERA

«Uno de los libros más impresionantes que he leído. Realmente conmovedor, aclaratorio e increíblemente intenso.»

JON STEWART, *THE DAILY SHOW*

«*La razón por la que que salto* cuestiona en cada una de sus páginas la arraigada idea de que los autistas carecen de empatía, humor e imaginación.»

THE INDEPENDENT



INTRODUCCIÓN

El autor de este libro, un chico de trece años, te invita a ti, lector, a imaginarte una vida en la que te hayan arrebatado la facultad de hablar. Explicar que tienes hambre, que estás cansado o que te duele algo queda tan fuera de tus posibilidades como charlar con un amigo. Pero me gustaría llevar el experimento algo más allá. Ahora imagínate que, después de perder la capacidad de comunicarte, de pronto, una suerte de director de escena que ordena tus pensamientos desaparece sin previo aviso. Lo más probable es que no tuvieras ni idea de que existía tal director, pero, ahora que se ha ido, te das cuenta (demasiado tarde) del trabajo que hacía y de lo importante que era para que tu mente funcionara durante todos estos años. Un aluvión de ideas, recuerdos, impulsos y pensamientos se te vienen encima, de

un modo irrefrenable. Tu director controlaba ese flujo, desviando la gran mayoría de los conceptos y recomendándote un número minúsculo de ellos para someterlos a tu consideración. Pero ahora estás solo.

10 Ahora tu mente es una sala en la que veinte radios, cada una sintonizada en una emisora diferente, emiten voces y música a todo volumen. Las radios no tienen interruptor ni control de volumen; en la sala en la que te encuentras no hay puertas ni ventanas. Solo encuentras alivio cuando estás tan agotado que no puedes mantenerte despierto. Para empeorar aún más las cosas, otro director que hasta ahora habías pasado por alto desaparece sin previo aviso: era el que controlaba tus sentidos. De pronto, los estímulos sensoriales procedentes de tu entorno se te vienen encima, sin filtros de calidad y en un número apabullante. Los colores y las formas se confunden, y reclaman tu atención. El suavizante empleado para lavar tu suéter huele tan fuerte como si te hubieran rociado la nariz con ambientador. Tus cómodos tejanos rascan y parecen de madera. Tus sentidos vestibular y propioceptivo también están desbocados, por lo que el suelo se menea como un transbordador en aguas turbulentas, y ya no tienes muy claro qué posición ocupan tus manos y tus pies en relación con el resto del cuerpo. Sientes las placas óseas de tu cráneo, los músculos faciales y la mandíbula; es como si tuvieras la cabeza atrapada en el interior de un casco

de motorista que es tres tallas menor que la que debes usar, lo cual quizás explique (o tal vez no) por qué el zumbido del aire acondicionado te resulta tan ensordecedor como un martillo neumático; sin embargo, a tu padre (que está ahí delante) lo oyes como si te estuviera hablando a través de un móvil, desde un tren que atraviesa una serie de cortos túneles, en chino cantonés fluido; a partir de ahora cualquier idioma se convertirá en un idioma extranjero. Incluso has perdido la sensación del tiempo, con lo que eres incapaz de distinguir entre un minuto y una hora, como si hubieras quedado atrapado en un poema de Emily Dickinson sobre la eternidad o en una película de ciencia ficción. No obstante, los poemas y las películas acaban en algún momento, mientras que esto es ahora tu nueva realidad. El autismo es para toda la vida. E incluso la palabra «autismo» deja de tener sentido, como si te dijeran 自閉症 o αυτισμός o अटजिम

11

Agradeceré al lector que llegue hasta el final, aunque el final de verdad para estas personas, en la mayoría de los casos, suele implicar la sedación y el ingreso en un psiquiátrico, y más vale no especular con lo que puede venir luego. Por otra parte, las personas que nacen con una patología del espectro del autismo tienen que vivir con esa perspectiva descontrolada, desbocada y aterradora. Las personas con autismo se pasan la vida intentando aprender a simular esas funciones que la genética nos ha concedido a todos los demás al

nacer (esos «directores»). Es una labor intelectual y emocional de dimensiones hercúleas, sisíficas, titánicas. Si no podemos considerar a las personas con autismo héroes por enfrentarse a tamaño reto, pues entonces yo ya no sé qué es el heroísmo, aunque estos héroes, claro, no tengan elección. La conciencia y la percepción sensorial no es algo que puedan darse por sentado, sino algo que requiere un duro esfuerzo y una labor de mantenimiento constante. Y, por si eso no fuera bastante, los autistas tienen que sobrevivir en un mundo en el que las «necesidades especiales» suelen asociarse con «retraso», en el que los colapsos y los ataques de pánico se ven como pataletas, en el que muchos consideran que las solicitudes de ayuda para discapacitados no son más que maniobras para aprovecharse de la Seguridad Social... En un mundo en el que un ministro francés puede usar la palabra «autista» para definir la política exterior británica (el señor Lellouche se disculpó posteriormente, pues dijo que ni se le había ocurrido que el adjetivo hubiera podido ser motivo de ofensa; no lo dudo).

El autismo no es nada fácil para los padres o los cuidadores del niño. Criar a un hijo o una hija autista es una labor no apta para pusilánimes: de hecho, tal actitud queda automáticamente descartada en el momento en que aparece la acuciante sospecha de que a tu hijo de dieciséis meses le pasa algo. El día del diagnóstico, un psicólogo infantil comunica el veredicto con una justifica-

ción algo manida: te explica que tu hijo sigue siendo la misma criaturita, antes de confirmarte la noticia que te va a cambiar la vida. Entonces pasas por todo el abanico de reacciones de los demás: «¡Es tristísimo!»; «Entonces, ¿va a quedarse como Dustin Hoffman en *Rain Man*?»; «¡Espero que no aceptes ese “diagnóstico” sin más!»; o mi respuesta favorita: «Sí, bueno, yo a mi médico le he dicho por dónde podía meterse su vacuna triple vírica».

Con tus primeros contactos con las organizaciones de apoyo acabarás de endurecerte la piel. Para entonces te habrás formado una coraza tan dura como la de un rinoceronte. En las agencias de apoyo a afectados por el autismo hay gente con gran talento y muchos recursos, pero cada vez son más frecuentes las políticas gubernamentales de «paños calientes», que no tienen en cuenta el potencial de los niños con necesidades especiales ni se plantean que, a largo plazo, puedan llegar a contribuir activamente a la sociedad. Uno de los pocos hechos positivos es que la teoría médica ya no culpa a las madres por el autismo de sus hijos, como antes, cuando se las calificaba de «madres nevera» (de los «padres nevera» no se decía nada), y que ya no vivimos en una sociedad que cree que los autistas son brujos o demonios (y que los trataba como tales).

¿A qué recurres a continuación? A los libros. (Ya habrás empezado, porque la primera reacción de familiares y amigos desesperados por ayudar

es la de enviar recortes, enlaces de Internet y libros, por escasa que sea la relación que tengan con tu situación.) La oferta de libros sobre necesidades especiales es una jungla. Muchos manuales sobre «cómo ayudar a tu hijo autista» tienen un aire doctrinario, con generosas dosis de © y ™. Puede que contengan ideas aplicables, pero en algunos casos pueden dar la sensación de que son como reclamos para que uno se apunte a un partido político o empiece a profesar una confesión religiosa. Los textos más académicos son más densos, están cargados de referencias cruzadas, conceptos pedagógicos, abreviaturas y siglas. Por supuesto, es positivo que los científicos investiguen en este campo, pero a menudo la distancia que hay entre la teoría y el zafarrancho que se te ha montado en el suelo de la cocina resulta insalvable.

Otra categoría son las memorias confesionales, generalmente escritas por un padre o una madre, y que describen el impacto del autismo en la familia y, en ocasiones, el efecto positivo de algún tratamiento poco ortodoxo. Estas memorias tienen buena salida en el mercado, y elevan el perfil del autismo, colocándolo en la lista de causas por las que vale la pena luchar. Y lo cierto es que la mayoría de las veces no se escriben con la idea de que puedan convertirse en un recurso útil. Cada autista muestra la afección de un modo particular (tan diferentes entre sí como las huellas dactilares); cuanto más heterodoxo sea el tratamiento

para un niño, menos probable es que pueda servir de ayuda a otro (al mío, por ejemplo).

Una cuarta categoría de libros sobre autismo es la «autobiografía del autista», escrita por personas con algún tipo de autismo, la más famosa de las cuales es *Pensar con imágenes*, de Temple Grandin. Sin duda, estos libros suelen ser reveladores, pero casi por definición son obras de adultos que ya han encontrado su camino y que no pueden ayudarme en lo que más necesito: comprender por qué mi hijo de tres años se golpeaba la cabeza contra el suelo, o por qué agitaba los dedos a toda velocidad frente a sus ojos, o por qué tenía tanta sensibilidad en la piel que no podía sentarse ni tumbarse en la cama, o por qué lloraba desconsoladamente durante cuarenta y cinco minutos cuando el DVD de *Pingu* estaba tan estropeado que ya no se podía reproducir. Todo lo que leí me aportó teorías, puntos de vista, anécdotas y suposiciones sobre todos estos desafíos, pero, al no encontrar los motivos o razones de lo que vivía, no podía hacer otra cosa que quedarme mirando, impotente.

Un día mi esposa recibió un libro curioso que había pedido que le mandaran desde Japón: *La razón por la que salto*. Su autor, Naoki Higashida, nació en 1992. Aún estaba cursando secundaria cuando se publicó el libro. El autismo de Naoki es lo suficientemente grave como para que la comunicación oral con él sea casi imposible, incluso actualmente. Pero, gracias a una ambiciosa

profesora y a su propia persistencia, aprendió a deletrear las palabras directamente sobre una tabla de letras. Una tabla de letras japonesa es una cuadrícula con los cuarenta símbolos básicos del hiragana japonés, y el equivalente en una lengua occidental es una copia del teclado QWERTY, dibujado en un cartón y plastificado. Naoki se comunica señalando las letras de estas tablas y deletreando así las palabras, que luego un colaborador transcribe. Estas palabras forman frases, párrafos y libros enteros. A los lados de estas tablas hay «extras»: números, signos de puntuación y las palabras «Acabado», «Sí» y «No». (Aunque Naoki también puede escribir y publicar en su blog directamente con el teclado de su ordenador, el recurso «menos tecnológico» de la tabla de letras le resulta más seguro, ya que ofrece menos distracciones y le ayuda a concentrarse.) Incluso durante la escuela primaria, este método le permitió comunicarse con otros, y componer poemas y relatos, pero sus explicaciones sobre los motivos por los que los niños autistas hacían lo que hacían eran, literalmente, lo que yo llevaba tanto tiempo esperando. El libro, *La razón por la que salto*, redactado por alguien que aún tenía un pie en la infancia, y cuyo autismo era al menos tan grave e incapacitante como el de nuestro hijo, fue como una revelación, un regalo del Cielo. Era como si, por primera vez, nuestro hijo nos hablara de lo que pasaba dentro de su cabeza, a través de las palabras de Naoki.

No obstante, su obra hace mucho más que aportar información: ofrece pruebas de que, en el interior de la mente de un niño autista y aparentemente impotente, hay una mente tan curiosa, sutil y compleja como la tuya, como la mía, como la de cualquiera. Para el cuidador, que está ahí veinticuatro horas al día y siete días a la semana, resulta demasiado fácil olvidar que la persona por la que estás haciendo todo eso tiene (por fuerza) más recursos que tú en muchos aspectos. Con el paso de los meses y de los años, el olvido puede acabar convirtiéndose en incredulidad, y esa falta de fe es la que puede hacer que el cuidador y la persona que recibe los cuidados se vuelvan negativos. El regalo que nos hace Naoki Higashida es el de devolvernos la fe, demostrando agudeza intelectual y curiosidad espiritual; con su análisis del entorno y de su condición; y con su sentido del humor pícaro y su iniciativa como escritor de ficción. No vamos a dar pistas sobre su capacidad creativa, la encontrarás en el libro que (espero) estás a punto de leer.

Por si eso fuera poco, *La razón por la que salto* desacredita sin proponérselo el prejuicio más funesto sobre el autismo: el de que los autistas son unos solitarios antisociales sin capacidad de empatía para con los demás. Naoki Higashida repite una y otra vez que no, que valora mucho la compañía de otras personas. Pero como la comunicación resulta tan problemática, los autistas tienden a acabar solos en un rincón, y los demás

lo ven y piensan: «Claro, una señal típica de autismo». En cualquier caso, si los autistas fueran ajenos a los sentimientos de los demás, ¿cómo podría afirmar Naoki que el aspecto más insoportable del autismo es darse cuenta de que hace que las otras personas se sientan tensas o deprimidas? ¿Cómo podría escribir un relato (titulado «Estoy aquí», e incluido al final del libro) con personajes que presentan una amplia gama de emociones y con una trama que hace saltar las lágrimas? Al igual que cualquiera con capacidad narrativa, Naoki prevé las emociones de su público y las manipula. Eso es empatía. La conclusión es que tanto la pobreza emocional como la aversión a la compañía no son «síntomas» del autismo, sino «consecuencias» de este, de la imposibilidad de expresarse y de la ignorancia prácticamente total de la sociedad sobre lo que pasa dentro de la cabeza de un autista.

18

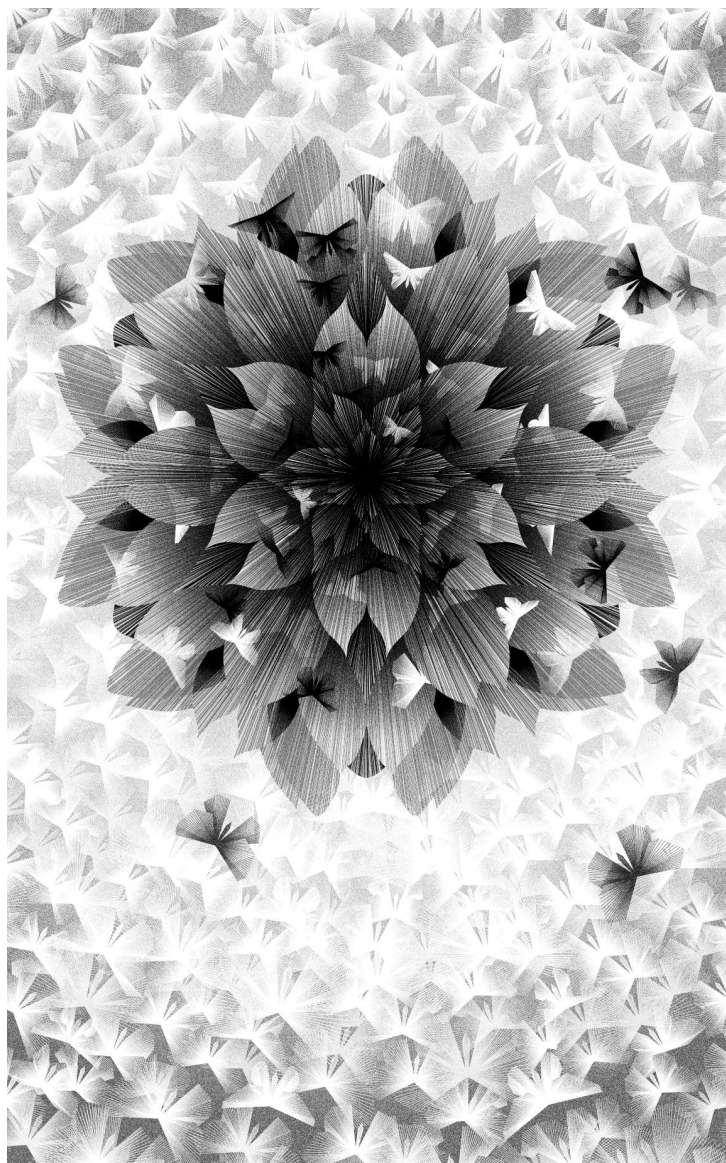
Adquirir todos estos conocimientos me ha cambiado la vida y me ha dado una nueva dimensión. Cuando sabes que tu hijo quiere hablar contigo, cuando sabes que está empapándose de su entorno con la misma atención que tu otra hija no autista, por mucho que parezca que no es así, tu capacidad de ser paciente, voluntarioso, comprensivo y comunicativo se multiplica por diez; y también las posibilidades que tienes de contribuir a su desarrollo. No es exagerado decir que *La razón por la que salto* me ha permitido dar otro igual en la relación con nuestro hijo. El

texto de Naoki Higashida me ha dado el empujón necesario para empezar a dejar de compadecerme de mí mismo y comenzar a pensar en lo dura que es la vida para mi hijo, y en lo que yo podía hacer para conseguir que lo fuera menos. Las acciones positivas que engendran nuevas acciones positivas son algo tan maravilloso en este campo como lo son en cualquier otro: aumentan tus expectativas sobre el futuro de tu hijo; aumenta tu capacidad de resistencia; y tu hijo lo nota... y responde. Mi esposa empezó a trabajar en una traducción informal del libro de Naoki al inglés, para que los otros cuidadores y tutores de nuestro hijo pudieran leerlo, al igual que algunos amigos que también tienen hijos autistas, aquí, en este rincón de Irlanda en el que vivimos. Pero después de enterarnos a través de grupos de Internet de la frustración de otras madres japonesas de hijos autistas por la falta de una traducción al inglés, empezamos a preguntarnos si Naoki Higashida no tendría un público mayor. Y el resultado fue la traducción al inglés de *La razón por la que salto*.

El autor no es ningún gurú, y aunque las respuestas a algunas de las preguntas puedan parecer algo difusas, hay que recordar que solo tenía trece años cuando las escribió. Incluso en los casos en los que puede dar una respuesta corta y directa (como a la pregunta «¿Por qué te gusta alinear tus juguetes tan obsesivamente?»), lo que tiene que decirnos vale la pena. Naoki Higashida ha seguido escribiendo, hace aportaciones casi

diarias a su blog y se ha dado a conocer en los círculos de defensa de los afectados por el autismo, al tiempo que aparece regularmente en la edición japonesa de *Big Issue*. Dice que aspira a llegar a ser escritor, pero creo que está claro que ya lo es: un escritor honesto, modesto y con conciencia, que ha superado enormes dificultades y ha conseguido transmitir al público en general unos conocimientos de primera mano desde una mente gravemente afectada por el autismo, en un proceso que para él es tan agotador como podría ser para nosotros transportar agua con las manos cruzando Times Square o Piccadilly Circus atestadas de gente. Los tres caracteres que se usan para escribir la palabra «autismo» en japonés significan «uno mismo», «cerrado» y «enfermedad». Mi imaginación convierte esos caracteres en un prisionero encerrado y olvidado en una cárcel solitaria y que espera algo o, simplemente, que alguien se dé cuenta de que está ahí dentro. *La razón por la que salto* es como un mazazo que abre un boquete en la pared de esa cárcel.

DAVID MITCHELL
Irlanda, 2013



PREFACIO

Cuando era pequeño, ni siquiera sabía que era un niño con necesidades especiales. ¿Cómo lo descubrí? Cuando los demás empezaron a decirme que era diferente a los otros, y que eso era un problema. Y tenían razón. Para mí era muy difícil actuar como una persona normal, e incluso ahora no puedo mantener una conversación real. No tengo problemas para leer libros en voz alta o cantar, pero, en cuanto intento hablar con alguien, las palabras se me desvanecen. Sí, a veces consigo decir unas cuantas palabras, ¡pero incluso en ese caso pueden ser justo las contrarias de las que quiero decir! No puedo reaccionar adecuadamente cuando me dicen que haga algo, y cada vez que me pongo nervioso salgo corriendo de allá donde esté. Así que incluso una actividad sencilla

como ir de compras puede convertirse en un gran reto si tengo que hacerla yo solo.

Pero ¿por qué no puedo hacer esas cosas? Durante mis días de frustración, desespero e impotencia, he tenido ocasión de imaginarme cómo sería la vida si todo el mundo fuera autista. Si el autismo fuera considerado simplemente como un tipo de personalidad, las cosas serían mucho más fáciles, y nosotros seríamos mucho más felices. Es cierto que hay momentos malos en los que causamos muchos problemas a otras personas, pero lo que realmente deseamos es mirar hacia un futuro mejor.

24

Gracias al entrenamiento con la señora Suzuki, de la Escuela Hagukumi, y a mi madre, he aprendido un método de comunicación a través de la escritura. Ahora incluso puedo escribir con el ordenador. El problema es que hay un buen número de niños autistas que no tienen forma de expresarse, y en muchos casos ni sus propios padres tienen idea de qué pueden estar pensando. Así que mi gran esperanza es poder servir de alguna ayuda explicando, a mi manera, lo que pasa dentro de la mente de los autistas. También espero que, leyendo este libro, el lector pueda llegar a ser mejor amigo de las personas con autismo.

No se puede juzgar a las personas por su aspecto. Y cuando conoces el interior de alguien, la distancia con él se reduce muchísimo. El autismo puede parecerse un lugar profundamente

misterioso, pero, por favor, dedica un poco de tiempo a escuchar lo que tengo que decir.

Que tengas un viaje agradable por nuestro mundo.

NAOKI HIGASHIDA
Japón, 2006

はい ○ 取消し × いいえ
 Q W E R T Y U I O P
 A S D F G H J K L
 Z X C V B N M ?
 0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10
 ☒ 「 」 () 行 ☒ おわり

あいうえお
 かきくけこ ☒
 さしすせそ ☒
 たちつてと
 なにぬねの ☒ ☒ ☒
 はひふへほ
 まみむめも 、
 や ゆ よ ◦
 らりるれろ
 わ を ん
 012345678910

P1

¿CÓMO ESCRIBES ESTAS FRASES?

La tabla de letras es un método de comunicación no vocal. Puede que pienses que el habla es el único modo de mostrar tus planteamientos e intenciones, pero hay otro modo de decir lo que quieres decir sin usar el sistema nervioso bucal. Al principio no podía ni siquiera soñar que pudiera funcionar, pero ahora soy perfectamente capaz de expresarme usando únicamente un ordenador y una tabla de letras.

¡Fue una sensación increíble! No poder hablar significa ser incapaz de compartir lo que sientes y lo que piensas. Es como ser un muñeco, que pasa toda la vida aislado, sin sueños ni esperanzas. Por supuesto, tardé mucho hasta poder empezar a comunicarme por mí mismo a través del lenguaje escrito, pero aquel primer día, cuando mi madre me cogió la mano con la suya para

empezar a escribir, nació para mí un nuevo modo de relacionarme con los demás.

Entonces, para darme una mayor independencia a la hora de comunicarme, mamá inventó la tabla de letras. Este método me permite formar las palabras simplemente señalando las letras, en lugar de tener que escribirlas una por una. Eso también hace posible que me fije en las palabras, que, de otro modo, se me perderían en cuanto intentara pronunciarlas.

28 Mientras aprendía este método hubo muchos momentos en los que me sentí derrotado. Pero por fin llegué a poder señalar las letras por mí mismo. Lo que me mantuvo firme fue la convicción de que para vivir mi vida como ser humano no hay nada más importante que poder expresarme. Así que, para mí, la tabla de letras no solo es un medio para formar frases, sino mi sistema para hacer llegar a otras personas lo que quiero que entiendan.

P2

¿POR QUÉ HABLÁIS TAN ALTO
Y TAN RARO LOS AUTISTAS?

A menudo la gente me dice que cuando hablo solo lo hago muy fuerte, aunque, aun así, no consiga decir lo que quiero decir, y a pesar de que en otras ocasiones la voz me salga muy tenue. Esa es una de las cosas que no puedo controlar, y eso me desanima mucho. ¿Por qué no puedo corregirlo?

Cuando hablo con voz rara, no lo hago a propósito. Es cierto que hay veces en las que el sonido de mi propia voz me resulta reconfortante, cuando uso palabras familiares o frases fáciles de pronunciar. Pero la voz que no puedo controlar es otra cosa. Sale descontroladamente, pero no porque yo quiera; es más bien como un reflejo.

Pero ¿un reflejo en respuesta a qué? A lo que acabo de ver, en algunos casos, o a algún recuerdo

antiguo. Cuando me sale esa voz rara, me resulta casi imposible contenerla. Y si lo consigo, hasta me duele, casi como si me estuviera estrangulando yo mismo.

Si esa voz rara solo la oyera yo, no pasaría nada. Pero soy consciente de que a otras personas les molesta. ¿Cuántas veces me han hecho morir de vergüenza esos extraños sonidos que salen de mi boca? ¡Yo también quiero ser una persona agradable, tranquila y callada! Lo que pasa es que, aunque nos manden que cerremos la boca o que estemos callados, no sabemos cómo hacerlo. Tengo la sensación de que la voz es como la respiración, que me sale de la boca de forma inconsciente.

P3

¿POR QUÉ REPETÍS LAS MISMAS PREGUNTAS UNA Y OTRA VEZ?

Es cierto: siempre hago las mismas preguntas. «¿Qué día es hoy?» o «¿Mañana toca colegio?». Son preguntas sencillas que repito una y otra vez. Y no lo hago porque no comprenda las cosas; de hecho, en el mismo momento en que formulo la pregunta, sé que comprendo.

¿Cuál es el motivo? Pues que olvido enseguida lo que acabo de oír. La verdad es que en el interior de mi cabeza no hay mucha diferencia entre lo que me acaban de decir y lo que he oído hace mucho mucho tiempo.

Así que sí, entiendo las cosas, pero mi modo de recordar funciona de una manera diferente al de los demás. Imagino que la memoria de una persona normal está dispuesta en forma continua, como una línea. Mi memoria, en cambio, es más

bien como una piscina llena de puntos. Yo siempre estoy «pescando» esos puntos (repetiendo esas preguntas), para poder llegar al recuerdo que representa cada punto.

Pero nuestra insistencia en hacer siempre las mismas preguntas tiene otra causa: nos permite jugar con las palabras. No se nos da bien conversar y, por mucho que lo intentemos, nunca hablaremos con la misma soltura que tú. La gran excepción son las palabras o las frases que nos resultan familiares. Repetirlas resulta muy divertido. Es como jugar a atrapar la pelota. A diferencia de las palabras que nos piden que digamos, formular las preguntas que podemos repetir, y cuya respuesta ya conocemos, puede ser un placer, basado en el juego con el sonido y el ritmo.